

Ángelus

Juan Pablo II

Documentos

Se incluye también aquí el Discurso del Santo Padre Juan Pablo II al Cuerpo Diplomático, 13 de enero de 2003.

Amadísimos hermanos y hermanas:

1. Desde hace algunos meses la comunidad internacional vive con gran aprensión por el peligro de una guerra, que podría turbar toda la región de Oriente Próximo y agravar las tensiones ya presentes, por desgracia, en este inicio del tercer milenio. Es necesario que los creyentes, independientemente de la religión a la que pertenezcan, proclamen que jamás podremos ser felices los unos contra los otros; jamás el terrorismo y la lógica de la guerra podrán asegurar el futuro de la humanidad. ¡Jamás!, ¡jamás!

Los cristianos, en particular, estamos llamados a ser centinelas de la paz, en los lugares donde vivimos y trabajamos; es decir, se nos pide que vigilemos, para que las conciencias no cedan a la tentación del egoísmo, de la mentira y de la violencia.

2. Por tanto, invito a todos los católicos a dedicar con particular intensidad la jornada del próximo 5 de marzo, miércoles de Ceniza, a la oración y al ayuno por la causa de la paz, especialmente en el Oriente Próximo.

Imploraremos a Dios, ante todo, la conversión de los corazones.

nes y la clarividencia de las decisiones justas para resolver con medios adecuados y pacíficos las controversias, que obstaculizan la peregrinación de la humanidad en nuestro tiempo.

En todo santuario mariano se elevará al cielo una ferviente oración por la paz con el rezo del santo rosario. Confío en que también en las parroquias y en las familias se rece el rosario por esta gran causa, de la que depende el bien de todos.

Esta invocación común irá acompañada por el *ayuno*, expresión de penitencia por el odio y la violencia que contaminan las relaciones humanas. Los cristianos comparten la antigua práctica del ayuno con muchos hermanos y hermanas de otras religiones, que con ella quieren despojarse de toda soberbia y disponerse a recibir de Dios los dones más grandes y necesarios, entre los cuales se destaca el de la paz.

3. Desde ahora invocamos sobre esta iniciativa, que se situúa al inicio de la Cuaresma, la asistencia especial de María santísima, Reina de la paz. Que, por su intercesión, resuene con nueva fuerza en el mundo y encuentre acogida concreta la bienaventuranza evangélica: “Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios” (Mt. 5, 9).

DISCURSO DEL SANTO PADRE AL CUERPO DIPLOMÁTICO

“¡...No a la guerra!”. Ésta nunca es una simple fatalidad. Es siempre una derrota de la humanidad. El derecho internacional, el diálogo leal, la solidaridad entre los Estados, el ejercicio tan noble de la diplomacia, son los medios dignos del hombre y las naciones para solucionar sus contiendas. Digo eso pensando en los tan numerosos conflictos que todavía aprisionan a nuestros hermanos, los hombres. En Navidad, Belén nos ha recordado la crisis no resuelta en el Medio Oriente, donde dos pueblos, el israelí y el palestino, están llamados a vivir uno junto al otro, igualmente libres y soberanos y recíprocamente respetuosos. Sin repetir lo que os dije el año pasado en circunstancias parecidas, me conformaré con añadir hoy, ante el empeoramiento constante de la crisis medio-oriental, que su solución nunca podrá ser impues-

ta recurriendo al terrorismo o a los conflictos armados, pensando que la solución consiste en victorias militares. Y, ¿qué decir de la amenaza de una guerra que podría recaer sobre las poblaciones de Irak, tierra de los profetas, poblaciones ya extenuadas por más de doce años de embargo? La guerra nunca es un medio como cualquier otro, al que se puede recurrir para solventar disputas entre naciones. Como recuerda la Carta de la Organización de las Naciones Unidas y el Derecho Internacional, no puede adoptarse, aunque se trate de asegurar el bien común, si no es en casos extremos y bajo condiciones muy estrictas, sin descuidar las consecuencias para la población civil, durante y después de las operaciones.